

# **LA MILICIA DE DIOS**

**Eduardo García-Ontiveros Cerdeño**

La milicia de Dios

©Eduardo García-Ontiveros Cerdeño

ISBN: 978-84-9948-152-4

Depósito legal: A-546-2011

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/ Decano, n.º4 – 03690 San Vicente (Alicante)

[www.ecu.fm](http://www.ecu.fm)

e-mail: [ecu@ecu.fm](mailto:ecu@ecu.fm)

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

[www.gamma.fm](http://www.gamma.fm)

[gamma@gamma.fm](mailto:gamma@gamma.fm)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

*Para Belén, mi musa, el amor de mi vida.*

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera comenzar agradeciendo a Belén su desinteresada ayuda en esta aventura, por estar siempre a mi lado en los momentos buenos y malos. Esta novela no podría haberse realizado sin su cariñosa colaboración.

También quisiera agradecer a la Editorial ECU su confianza ciega en este proyecto, así como su profesionalidad para que el mismo llegara a buen puerto.

A mi abuelo Eduardo, que con su labor de embajador de España en diversos lugares del mundo me encandiló desde pequeño con historias fantásticas, de ciudades mágicas y personajes aventureros.

Al Ayuntamiento de Toledo, por mantener la magia histórica que desprenden las calles de su casco antiguo.

A los Condes de Montalbán por colaborar en que siga en pie el castillo de Montalbán.

Al Ayuntamiento del pueblo de Maderuelo y a sus gentes por acogernos en su localidad y enseñarnos su pedacito de historia.

A la Orden de Malta por el esfuerzo diario que realiza en la difusión del encanto místico de la Iglesia de la Vera Cruz de Segovia.

Al Ayuntamiento de Monzón por tener en su municipio una de las mejores fortalezas medievales mejor conservadas de España.

Al Gobierno de Aragón y la Gestora Turística de San Juan de la Peña por dejar disfrutar al mundo de su monasterio y de la naturaleza que lo rodea.

Y a la congregación de monjes benedictinos del Monasterio de Montserrat por los años que llevan manteniendo viva la esencia pura de su montaña.

Debo dar las gracias también a la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales Templespaña, por luchar con ahínco por la difusión y salvaguarda de la historia, así como por dejarme formar parte de su grupo.

Quisiera también agradecer a D. Antonio Galera Gracia su prolífica bibliografía, que me ha servido de inspiración y ayuda, además de sus palabras de aliento para seguir con tesón este reto.

Y a D. Rafael Alarcón Herrera, por sus investigaciones y ensayos, que también me facilitaron el poder ver nuestra historia y nuestro país con otros ojos.

Por último, no debo olvidarme de mi familia, amigos, conocidos y familia política, por su apoyo incondicional y sus ánimos para que este libro pudiera ser publicado.

A todos ellos, muchísimas gracias.

## **PRIMERA PARTE: LA REVELACIÓN**

Tras dos siglos donde las cruzadas entre cristianos y musulmanes reinaban en Tierra Santa, los ojos de Occidente dejaban de centrar su mirada en los territorios de ultramar.

Aun así, los lamentos cristianos en Palestina pidiendo ayuda continuaban, y una sola voz se volvió a alzar en el silencio de Occidente.

El rey Enrique II de Chipre envió a Occidente a su senescal, Jean de Grailly, para que este intentara conseguir apoyos y así embarcarse en una nueva defensa de Tierra Santa. Pero las gentes del viejo continente no creían ya en la causa cruzada, y los monarcas estaban más preocupados en defender sus intereses más cercanos.

Tan solo un reducido grupo de campesinos sin entrenamiento militar, procedentes de Toscana y Lombardía, se unieron a la causa, alentados por la idea de conseguir fortuna y gloria.

Enrique II, ante la situación de debilidad en la zona de ultramar, decide firmar una tregua con el sultán Kalawun, para restablecer el sosiego y la tranquilidad, y así conseguir la convivencia pacífica entre cristianos y musulmanes.

En agosto de 1290, desembarcaron en San Juan de Acre los cruzados italianos de Lombardía y Toscana. Descubriendo que sus deseos de fortuna no se tornaban realidad en Tierra Santa, cegados por su ira, comenzaron a masacrar a mercaderes, y ciudadanos musulmanes de Acre, dejando un mar de sangre por todas las calles de la ciudad.

Estas fechorías debían ser castigadas con el encierro de los causantes de las mismas en las cárceles de la ciudad, a propuesta del Gran Maestre del Temple frey Guillaume de Beaujeu, o

ser entregados al sultán Kalawun, como este último había solicitado. Las autoridades de Acre decidieron no hacer nada de ello, alegando que la culpa de las revueltas la habían tenido los musulmanes, por un intento de sublevación.

Esta respuesta fue la excusa perfecta para que el sultán Kalawun rompiera la tregua firmada y comenzara a preparar el ataque de la ciudad.

Este murió antes de que pudiera llegar a los muros de Acre. Pero su hijo Khalil Al-Ashraf le juró a su padre, en el lecho de muerte, que terminaría lo que él había comenzado.

Sin tiempo que perder, se puso al mando de las tropas musulmanas y reinició la marcha sobre Acre.



## CAPÍTULO I: SAN JUAN DE ACRE

### San Juan de Acre, 4 de abril de 1291, año de Nuestro Señor

Los rayos del sol comenzaban a desperezarse como inocentes riberas doradas de un delgado riachuelo que empezaba a correr por la línea del arenoso y polvoriento horizonte de San Juan de Acre.

La mañana amanecía tranquila y calurosa. El aire a primera hora era ya irrespirable debido a su calidez desértica, y entre los muros de la fortaleza de la ciudad se agudizaba aún más la sensación de sequedad en el ambiente.

Ante mi paso, lento y cansino, se levantaban como colosos los muros fortificados que rodeaban la ciudad, enormes paredes inmóviles que desprendían robustez. Me sorprendía ir caminando por esas estrechas callejuelas de Acre y observar cómo había crecido.

La urbe estaba fortificada y rodeada por enormes murallas, las cuales estaban salteadas por torres de vigilancia. Esta serpiente de roca se extendía a lo largo de la línea del mar, el cual solo podía ser visto desde el puerto, mientras que en el este y norte la muralla estaba protegida por un ancho y hondo foso.

Parte del muro de la ciudad que daba al mar pertenecía a la fortaleza de los Caballeros Templarios. Era un lugar inexpugnable. En su entrada se erguía una torre de dimensiones colosales, la cual tenía a ambos lados otras torres más pequeñas, y cada una de estas estaba rematada por la figura de un león dorado.

La muchedumbre ataviada con telas de fina factura y colores claros asemejaban el bullicioso ajeteo de un hormiguero. Idas y venidas frenéticas enlazaban con el sonido de los comercios y hogares que se desperezaban en un nuevo día.

Las riadas humanas de las calles de la ciudad me abrían el camino cuando llegaba al puerto cerca del barrio pisano. En un espacio más extenso que las barriadas del sur, emergía la zona portuaria de Acre. Los navíos entraban y salían con extraordinaria asiduidad y en esta zona el tropel de gente era más patente que en cualquier otra parte de la ciudad.

Se veían enormes barcos anclados en lontananza, con sus velas recogidas esperando para partir. Otros más próximos eran cargados por numerosos marineros que pisoteaban incesantemente las pasarelas de frágil madera en un constante desfile de mercancías traídas de las regiones del este para que terminaran su travesía en la Europa cristiana.

El ronroneo del mar se confundía con el olor a fuerte salitre y las sobras del pescado capturado, que eran el objetivo preferido de la cantidad ingente de aves marinas que revoloteaban entre los mástiles de las embarcaciones. Al final del malecón se avistaba el nuevo rompeolas que acababa de construirse. En él reposaba en su parte más alejada una nueva torre defensiva, la cual, en las cálidas noches de Oriente, hacía las funciones de faro para los navíos que buscaban puerto.

Mis botas de caña media resonaban en el empedrado del malecón mientras observaba los pequeños puestecillos de los comerciantes que estaban instalados a lo largo del mismo. Colores y aromas se confundían con los gritos de los vendedores. Olores a pescado fresco inundaban el ambiente y, a mi derecha, puestos de fruta fresca jugaban con la brisa marinera, resaltando entre ellos la esencia de los dátiles que vendía un viejo tendero acurrucado detrás del mostrador de su destartado puestecillo, mientras afilaba un cuchillo con un pequeño canto rodado.

La mañana había transcurrido a una gran velocidad, con lo que Roger debía de estar maldiciendo mi nombre y el de

mis ancestros por llegar de nuevo tarde a una cita con él en la taberna de Abu Christo.

Cuando salí del mercado giré rápidamente a mi derecha por una calle muy amplia donde el gremio de curtidores tenía sus negocios dispersos por doquier y donde el olor a cuero y todo tipo de piel animal inundaba el aire. A pocos pasos de la esquina por donde había doblado se apreciaba un letrero carcomido que, desvencijado, colgaba de un extremo en un barrote de hierro, donde se podía leer a duras penas el nombre del local, Abu Christo.

Este lugar era una taberna portuaria de Acre, cerca del barrio pisano, donde marineros y borrachos dejaban pasar sus vidas sin otro aliciente que embriagarse de licor hasta caerse del taburete y ser sacados a empellones por el dueño. Era un sitio ruidoso y con un hedor que podía olerse desde tres callejuelas antes, y en el que las peleas y escaramuzas a cuchillo eran el pan nuestro de cada día.

A pesar de todo esto, a Roger le gustaba que nos viéramos allí justo después de que él regresara de sus travesías, y cuando yo avistaba El Halcón anclado en el puerto de San Juan de Acre, sabía que le podía encontrar sentado en una pequeña mesa de aquella taberna.

Después de intentar no pisar a un sujeto que yacía inconsciente justo en la puerta, entré con decisión. El hedor era insufrible, una mezcla a sudor y vino revoloteaba en el ambiente del pequeño local. Sobre el suelo de piedra se distribuían un gran número de mesas redondas de madera donde grupos ingentes de vividores se entremezclaban con las alegres y juguetonas ramerías del puerto de Acre. Una capa de varios dedos de un líquido negruzco hacía que mis botas chapotearan al adentrarme entre las mesas mientras escudriñaba los rincones con menos luz en busca de Roger.

Después de esquivar a un borracho que apresuradamente se había levantado de su mesa enfadado con sus acompañantes, pude ver a Roger sentado en su mesa preferida al fondo del local, bebiendo como siempre una jarra de vino con miel.

Roger se percató de mi entrada y con una seña de su mano me indicó que me acercara hasta su mesa.

—¡Bendito sea Dios!, Ricardo de Olmedo se digna a aparecer por estos lares. ¿Qué hace un alma pura como la de vos por este lugar de perdición? —preguntó sarcásticamente Roger después de haber echado un trago de su bebida.

—Lo sabéis perfectamente, amigo mío, he venido a veros ya que hace mucho tiempo desde la última vez. ¿Cómo estáis, hermano?

—Ahora os veo mucho mejor, Ricardo —y acercándose hasta mí me abrazó fuertemente, esperando que yo le respondiera en el gesto, cosa que hice sin dudar un momento.

Sentándonos después del saludo cordial, Roger se confesó:

—¡Por los clavos de Nuestro Señor Jesucristo!, tenía ganas de ver una cara conocida. Me encuentro bien, compañero, pero tanto viaje por la mar agota a cualquiera, necesito descansar unos días, pero tengo la sensación de que eso será algo difícil de conseguir. Y vos, ¿cómo os encontráis? —devolvió Roger la pregunta que le había hecho.

—También algo cansado de esta tierra, echo de menos los campos de Castilla, pero el deber es algo más fuerte que mi nostalgia y, en los días que corren, es necesaria hasta la última espada cristiana para combatir a las cimitarras sarracenas. Están demasiado cerca, Roger, demasiado, cualquier noche de estas se nos echarán encima como chacales hambrientos y temo por nuestras vidas —me sinceré con Roger.

—Es normal que os preocupéis, amigo mío, la cristiandad ha perdido casi todos los enclaves ganados durante tantos años de cruzadas, y ahora ellos empiezan a requerir con sangre y acero lo que en su día les arrebatamos.

Estas conversaciones con Roger eran reconfortantes ya que él pensaba como yo. Casi nadie defendía nuestras ideas.

No solo en Occidente, sino también en Oriente la causa cruzada era necesaria y vital para la Iglesia y, como tal, bajo el signo de la cruz cristiana se permitían todo tipo de acciones y conquistas de tierra en ultramar, pues no se podía tolerar de ninguna manera perder dichos dominios. Así que estos eran los únicos momentos en los que yo me podía sincerar con alguien y comentar mi desilusión sobre dichas campañas, ilusión que en su día cuando tomé la cruz en Toledo, me parecieron de lo más legítimas.

—No os preocupéis tanto, Ricardo, y dejad que os invite a una buena jarra de vino, ¿de acuerdo? —intentó animarme Roger con su amable convite, y se levantó para acercarse hasta la inmensa tabernera que jugueteaba en las rodillas de un famélico borrachín cuyo enrojecimiento facial no se sabía muy bien a qué se debía: si a la ingente cantidad de licor ingerido o a la falta de aire para respirar a causa de la voluptuosidad de la mujer que descansaba sobre él.

Espléndido hombre era Roger de Flor, curtido en las desdichas de la vida. Su madurez como persona siempre me había sorprendido, incluso desde el día que le conocí en el puerto de Barcelona desde donde salían navíos hacia Tierra Santa y en el que en uno de ellos se fraguó una gran amistad. Hijo de un simple halconero del emperador Federico II, quedó huérfano a muy temprana edad, lo que hizo de él un chico rebelde y que supo defenderse muy bien solo por los muelles de Brindisi. Pero su vida cambió cuando pasó a estar a cargo de un hermano templario, frey Vassayll, capitán de un navío de la orden, al cual le atrajo la vitalidad de aquel crío entre las maromas del puerto.

Bajo las enseñanzas del hermano templario, Roger llegó a ser un marino de cualidades casi innatas, con lo que pasó a formar parte de la Orden de los Templarios como sargento de la misma y, poco después de su ingreso, el Gran Maestre de la orden le confió la nave que hoy capitaneaba, El Halcón.

Como marino no tenía precio, y como capitán tampoco. Roger había aprendido de los templarios la disciplina y la eficacia, dos virtudes que eran el pilar en el que se asentaba la instrucción dada a su tripulación, a los que exigía una entrega absoluta y una obediencia suprema. Pero, a pesar de ello, De Flor no era un templario común. Escudándose en su rango de sargento, siempre encontraba instantes en los que satisfacer sus necesidades terrenales, como regar su garganta en tabernas o no acudir a las horas de rezo estipuladas por la orden. Él siempre decía que para cumplir la Regla estaban los caballeros, cuestión que le había traído algún que otro contratiempo con las jerarquías superiores de la orden. Eso sí, como todo buen hermano templario, en todos los momentos de su vida, esta siempre estaba fielmente regida por las enseñanzas militares, la disciplina, el rigor y la rectitud que en su momento aprendió de los monjes de capa blanca y cruz roja como la sangre.

Roger volvió a la mesa con dos jarras de vino con miel, intentando no derramarlas entre la muchedumbre tabernaria que pululaba entre las mesas sin un rumbo fijo y dejándose caer en cualquier rincón de la estancia víctimas de fuertes efluvios etílicos propios y ajenos.

—¡Ya estoy en puerto de nuevo! —exclamó Roger, dejando sendas jarras de vino sobre la mesa de madera donde me encontraba y, apartando la capa negra con su cruz roja de ocho puntas, se sentó a mi lado en un maltrecho taburete.

—Realmente me alegro de veros, amigo —le dije probando por primera vez aquel brebaje.

—¡Os noto preocupado, Ricardo! —me increpó Roger, dándome una palmada en la espalda en señal de ánimo.

—Preocupado no, más bien inquieto. La verdad es que no sé por qué me encuentro así, es una sensación extraña, la situación en ultramar ha cambiado, ya no es tierra segura para nadie y, sinceramente, no sé realmente cuál es mi cometido aquí —volví a sufrir con mis palabras.

—Vuestra situación es bien clara, Ricardo, vos estáis aquí para defender a la cristiandad y los santos lugares de los infieles, no sé por qué os inquietáis, amigo —aclaró Roger con contundencia.

—Pues mi inquietud comienza a ser una cosa constante en mi vida aquí. Son muchos años de lucha cruzada, creí que el esfuerzo sería recompensado. Todas estas campañas ganadas o perdidas, todo el sudor y mi sangre derramados por la tozudez de personas que ni siquiera conozco o he visto y que menos aún se han dignado a pisar la tierra por la que nos hacen luchar. Sinceramente, a veces no llego a comprender mi decisión de venir a luchar a las cruzadas.

—¿Recompensa? ¿A qué os referís, no os dan vuestra soldada? ¿Es eso lo que me mencionáis? —preguntó Roger con una mueca en su rostro de incertidumbre.

—¡Por Nuestro Señor, Roger!, no me refiero a la soldada, me refiero a otro tipo de recompensa, algo más espiritual que llene mi alma de pobre mortal y, sin embargo, lo que ven mis quemados ojos son enormes derramamientos de sangre y constantes pérdidas de territorio por parte de nuestras fuerzas, ¿cómo permite nuestro Dios tales atrocidades y desventuras?

—¡Ah! Mi querido amigo, quién sabe, quién sabe... —contestó Roger mientras bebía de su jarra y dejaba perder su mirada en el remolino de personas que gritaban en la taberna.

—Hace unos días la ciudad estalló en revueltas. Un grupo de cruzados italianos recién llegados provocaron muertes muy graves con comerciantes y mercaderes musulmanes —informé a Roger.

—¿Qué clase de incidentes? —preguntó el sargento templario.

—Arrastraron desnudos por las calles a esas pobres gentes y los colgaron en la plaza ante la gente enfervorizada. Fue horrible. Nadie hizo nada. Las autoridades de Acre se lavaron las manos, ninguno quería ser el responsable de castigar a aquellos mercenarios, carentes de toda formación militar y de honor —expliqué lo ocurrido.

—¡Dios Santo! Ahora entiendo por qué los árabes decidieron romper la tregua. Ahora comprendo su marcha hacia estas murallas —dijo Roger, con una nube de preocupación en sus ojos.

—Ahora entendéis mis inquietudes y desdichas. No entiendo a los hombres, no sé por lo que luchamos ya —dije amargamente.

—Supongo que ahora lucharéis por vuestra propia vida, Ricardo. El ejército enemigo no creo que tenga piedad de esta ciudad —sentenció Roger.

Tras idas y venidas de jarras de vino con miel, la mañana había avanzado con rapidez y caí en la cuenta de que tenía una cita ineludible con el herrero. Había quedado con él para pasar a recoger un encargo que le había hecho hace ya un buen puñado de días, con lo que debía despedirme de mi buen amigo Roger de Flor.

—Querido hermano, debo dejaros ya, tengo una cita inexcusable a la que debo acudir con presteza, espero que me disculpéis y sepáis entenderlo.

—Por supuesto, Ricardo, espero que merezca la pena dicha cita —dijo Roger en un tono socarrón, dejando escapar una enorme carcajada—. Por cierto, amigo, si queréis volver a verme, estaré una temporada en este puerto, necesito reponer provisiones y debo dejar constancia de mis empresas en la comandaría de mi orden y a mis superiores, ya sabéis, cuestiones económicas —y estrechando mi antebrazo con el suyo me despedí y él se despidió de mí, pidiendo otra jarra de vino a la gigantesca tabernera.

Mis pasos me sacaron apresuradamente del lugar donde había disfrutado de la compañía de Roger junto a una buena jarra de vino con miel, y con los pensamientos e inquietudes que me acompañaban desde hacía varios años aún en mi cabeza.

Pequeñas callejas se presentaban delante de mí bifurcándose en mil direcciones y en centenar de dimensiones. Estrechas



vías en las que la gente se agolpaba sobre mí dejaban paso a otras más anchas en las que grupos de niños jugueteaban corriendo entre mi capa azul.

Al llegar a la esquina de los herreros, aminoré el paso mientras me secaba el sudor de la frente con el dorso de mi mano izquierda; hacía un calor sofocante y entré en la herrería de Dominique.

—Buenos días, mi señor, ¿cómo se ha levantado hoy? —preguntó el gigantón herrero mientras se recolocaba las muñequeras de cuero curtido.

—Bien, Dominique —respondí—. ¿Tienes mi encargo?

—Por supuesto, mi señor, esa cuestión ofende mi trabajo, ¿alguna vez he dejado de satisfacer vuestros deseos? Tan solo me queda darle los últimos retoques, en seguida vengo, no os vayáis.

Dominique entró en la parte trasera de su herrería. Allí había dispuesto en un patio interior sin techar, una forja y varios yunques que eran los que se oían desde la calle, cuando el martillo de sus aprendices golpeaban sin cesar el duro metal al rojo vivo.

Este artesano de la fragua era un hombre descomunal, todo lo que tenía de gigante lo disponía en misma medida y gentileza. De facciones duras su cara era como una enorme cumbre montañosa coronada por un largo pelo blanqueado ya por el paso del tiempo, acompañado por una inmensa barba dispuesta a lo largo de todo su mentón. Era la visión perfecta del Efestos mitológico.

Me gustaba de vez en cuando hacerle encargos a Dominique. Aunque los cruzados en Acre teníamos nuestro propio herrero en el palacio real. El gigantón francés trabajaba como nadie el metal y en alguna que otra ocasión prefería que fuera él el que hiciera el trabajo. Sus manos grandes y torpes se tornaban extremidades de alfarero cuando moldeaba sobre el yunque.

De repente tres golpes secos y agudos resonaron en mi cabeza, fue un sonido que resaltó sobre los demás, que eran los de los aprendices. Después unos gritos del galo en francés, un silencio momentáneo y el chisporroteo del calor del hierro al rojo de la fragua cuando se mezcla con la frescura del agua. Al instante salió Dominique con un bulto debajo de su brazo, me hizo una señal con su cabeza y me acerqué a una pequeña mesa de madera de Antioquía que descansaba debajo de la única ventana del local que daba a la calle.

El gigantón se despojó de su enorme delantal de cuero y lo dejó caer sobre una banqueta que estaba a la derecha de donde nos encontrábamos. Depositó el bulto encima de la mesa, y permitió que yo fuera el que descubriera el contenido de su trabajo.

Desenrollé los trapos raídos que escondían el objeto con sumo cuidado y quedé maravillado. Era la espada más bella que jamás había visto, su simetría en los dos filos era perfecta, sus medidas habían sido tomadas a la perfección de como yo las había relatado, y la empuñadura de dos manos estaba rematada con una guarda labrada con motivos de olas marinas. Rápidamente descolgué el guante derecho de mi cinturón de hebilla ancha y me lo puse. Acto seguido cogí el arma con suma delicadeza; su peso era el justo, ni mucho ni poco, la blandí a derecha e izquierda mientras el herrero me miraba satisfecho de su obra maestra. La oí silbar mientras cortaba el viento y centellear cuando la luz del sol rozó su hoja, era una auténtica joya.

—Esta vez te has superado, querido amigo, es tu mejor trabajo con toda seguridad. Ten, lo pactado —y le lancé una bolsa llena de besantes que llevaba atada también en el cinturón.

—Gracias, mi señor, es un honor poder trabajar para vos y que se vea recompensado mi esfuerzo, con tan clara sinceridad —respondió Dominique.

Después de haber pagado por los servicios del herrero, coloqué la nueva espada en mi antigua vaina toledana, no sin

antes sacar su antecesora y enrollarla en los harapos donde me había sido presentada la nueva. Estreché mi brazo con el del francés y salí de nuevo a la calle.

## CAPÍTULO II: LA LLEGADA DEL INFORTUNIO

El mediodía iba quedando atrás y el sol ya no se encontraba en lo más alto del claro cielo palestino, y decidí dirigirme hacia el palacio para degustar la comida que disfrutábamos los cruzados día tras día.

Caminaba con paso firme y seguro en dirección norte, donde se ubicaba el palacio de los reyes cruzados; me adentré en la avenida principal de Acre, entre los barrios de los genoveses y venecianos. Cada una de estas barriadas disponía de sus propias tiendas y bodegas que a la vez formaban mercados independientes unos de otros y rivalizaban entre ellos por ofrecer al gentío los mejores productos a los mejores precios.

Siguiendo mi camino hasta el acuartelamiento, el murmullo de la ciudad iba quedando a mis espaldas y ante mis ojos emergía, como una montaña de firme roca, la comandaría de la Orden de los Hospitalarios.

En esta zona el ajeteo era menor, se respiraba un aire más pausado y, mientras aceleraba el ritmo de mis zancadas, me cruzaba con las capas negras y cruces blancas de los Caballeros del Hospital.

Por fin, después de haber recorrido sin cansancio las callejuelas de Acre, llegué a mi destino.

Cerca del Palacio Real, donde descansaban las tropas cruzadas, se palpaba cierta calma, pudiendo ver con claridad cómo el movimiento que habitualmente rodeaba la construcción libre de cualquier ornato externo en sus

muros era menos fluctuoso de lo normal. La gente parecía ir caminando con más tranquilidad y sosiego.

Las robustas y gigantescas paredes de la fortaleza solo eran flanqueadas por enormes contrafuertes, ribeteados por nacimientos de pequeños arbustos y enredaderas que dejaban verse a través de los grandes sillares que conformaban el mosaico de las monumentales murallas.

La brillantez del día me recibió cuando dejé la puerta de entrada a mi espalda. Una vez dentro aprecié el patio de armas de extensas dimensiones, donde tantas veces ejercitábamos el arte de la lucha, ya en encuentros cuerpo a cuerpo, como con el perfeccionamiento de las armas. En la parte izquierda aparecían las caballerizas, las cuales estaban empotradas en los muros de esa zona, para evitar comer terreno al patio de armas. En ellas estaban los escuderos cepillando a las monturas o alimentándolas para que estuvieran en perfecto estado en el momento de la batalla. Al lado de las caballerizas estaba la herrería, donde con incesante martilleo se elaboraban las herraduras de los caballos y se mejoraban los desperfectos del armamento dispuesto en esa dependencia.

Durante toda la muralla derecha, desde la entrada hasta la torre de defensa de la esquina norte del palacio, estaban las dependencias reales, divididas en dos grandes pisos, donde ahora se alojaban las tropas cruzadas en enormes dormitorios militares y comunes, con un penetrante olor a sudor y suciedad, pues en tiempo de guerra el menester del aseo personal pasaba siempre a un segundo o tercer plano. Justo enfrente de la entrada principal, estaba dispuesto un pequeño convento de dominicos, el cual comprendía una diminuta capilla con unas pocas hileras de bancos de madera, un altar moderado, un refectorio que ahora estaba siendo utilizado como sala de armas, y unas cuantas celdas donde anteriormente descansaban los frailes, y ahora hacían las funciones de despensas de todo tipo de material. El monasterio era coronado con un campanario cilíndrico adornado con multitud de ventanucos abocinados.

Tanto el muro norte, como el del este y el del oeste mantenían sobre unas tarimas de roble bien fijadas a la roca de granito dos catapultas de brazo extensible, una pareja por ala, que defendían esas tres posiciones de los posibles ataques enemigos.

Dentro de este entramado militar y fortificado descansaban las tropas cristianas de San Juan de Acre, excluyendo, claro estaba, las de las órdenes de los Templarios y los Hospitalarios, que disponían de sus propios acuartelamientos no muy lejos de donde estábamos nosotros acomodados.

Mis pasos me llevaron hasta los establos. Siempre me gustaba ver a las monturas a esa hora del día, ya que solían estar más tranquilas. El heno fresco y dorado resbalaba por el suelo del establo, pequeños golpes de los cascos de los equinos sonaban intermitentemente, interrumpidos en ocasiones por relinchos penetrantes y fuertes. Una ingente cantidad de pequeños ojillos oscuros me miraban desde mi derecha e izquierda, mientras me adentraba con paso cansino en las dependencias de las monturas.

Hileras largas mantenían entre maderos robustos a esbeltos caballos de todo tipo de colores y tonalidades, voces de escuderos se cruzaban en el ambiente del tremendo establo y una luz soleada de media tarde se escabullía entre los límites cuadrados de una gran ventana abierta y muy alta, en la fría roca de la pared opuesta a la entrada. Aquella grandiosa abertura en el fondo de la descomunal caballeriza dejaba pasar entre sus barrotes la brisa, la luz de los días y sonidos de las callejuelas de la ciudad que entraban esquivos para acompañar a las bestias en sus horas y momentos de asueto.

Detuve mis pasos ante las trancas de madera del cubículo donde reposaba mi montura, un hermoso animal que respondía al nombre de Zay. De pelaje totalmente marrón, dejaba entrever en su majestuosa cabeza un fino hilo de pelo blanco como la luna que nacía en su frente y moría en su también blanco hocico. De ojos oscuros y profundos como arcos de un puente en la cálida noche castellana, relinchaba y sacudía su

testa intentando salir de su recinto cuando percibió mi presencia ante él.

—¡Eh, compañero, que estoy todavía aquí! —una voz chillona y aguda salió desde dentro del pequeño recinto donde estaba Zay.

Una pequeña cabeza de cabellos morenos y ensortijados asomó entre los maderos de la puerta y me saludó.

—Buena dicha os guarde, mi señor, todavía no he podido terminar de adecentar a Zay y su morada porque la mañana se me presentó algo ajetreada. Tuve que ayudar en la herrería de palacio porque se están acelerando mucho las labores de armería y corazas —intentó excusarse Arnó mientras se retiraba de sus rizos una pequeña brizna de heno que jugueteaba entre sus bucles.

—No os preocupéis, mi pequeño escudero, siempre cumplís con vuestro trabajo y a mí nunca me importó el momento en el que lo hiciérais. Además, tampoco he tenido nunca queja alguna de vuestros servicios, así que esta no tendría que ser la primera. No sería justo.

Arnó me contestó con una sonrisa dejándome ver sus menudos dientes y volvió a sus ocupaciones. Yo consideré buena idea ayudar a mi pequeño escudero y abriendo la puerta de maderos que encerraba a bestia y cuidador, entré muy despacio mientras acariciaba el hocico de Zay.

Mi escudero francés era un chico de mirada vivaracha y delgada fisonomía, que siempre andaba descalzo, dejando ver a los ojos de los demás sus pequeños pies sucios que acompañaban a la par a sus también ennegrecidas manos. Poco amigo del agua, tan solo se bañó una vez desde que yo le conocí. Fue en una tarde de mercado hará ya muchos años, intentando robar un queso que sobresalía de su raída camiseta.

El pobre Arnó tenía que dedicarse al pillaje en la ciudad para poder ayudar a su infortunada familia, ya que su padre falleció y él era el único varón que su viuda madre había traído

a este mundo. Después de interesarme por su corta vida, decidí ofrecerle un pequeño trabajo de escudero a mi servicio y así evitar que en cualquiera de sus tropelías sufriera de verdad un severo castigo. En un principio no pareció entusiasmarle demasiado, pero el paso de los años había convertido al pequeño Arnó en uno de los escuderos más eficientes de todo palacio.

—El palacio se inquieta por días, mi señor, ¿es que ocurre algo? —me preguntó Arnó directamente y sin vacilar en la cuestión.

—No, pequeño, ¿por qué lo preguntáis? —intenté averiguar las razones de su pregunta.

—No sé, tal vez sean pensamientos equivocados míos, pero el herrero esta mañana gritaba más de lo habitual y trabajaba con más rapidez que otros días y él siempre ha sido un devoto del sosiego y la tranquilidad.

—Quién sabe, puede ser que tanta calma haya acumulado el trabajo en el yunque del herrero y por eso tenga tanta intranquilidad en la mañana de hoy —respondí mirando a los ojos de Arnó intentando que la mentira no fuera descubierta.

Era evidente la razón de la intranquilidad del herrero, las noticias recibidas por los altos mandos no eran muy buenas y debía de estar todo a punto para que en cualquier momento las huestes sarracenas se avistaran desde las atalayas de Acre.

Pero yo no quería inquietar a mi joven amigo, aunque su corta edad no era obstáculo para su sagacidad en la curiosidad por saber lo que realmente pasaba.

—Podiera ser, mi señor, pero a él nunca se le acumuló tanto trabajo, y desde hace ya varios días el movimiento en su fragua es digno de observar.

—No os preocupéis, Arnó, a lo mejor es que los mandos le llamaron la atención por tanta pasividad y poca productividad en sus menesteres y por eso su reacción, y si no mirad qué espléndida espada hice forjar fuera del alcance del maese



herrero de palacio— y desenvainé el nuevo estoque que refulgió como un rayo de plata entre las penumbras de las caballerizas en las que ya había entrado la tonalidad ocre de los atardeceres palestinos.

—Mi señor, es algo hermoso esta espada nueva que portáis, realmente tenéis razón, trabajos de este porte y finura nunca los podrían elaborar dentro de los muros de palacio. Es, en verdad, de una belleza que llega a asustar.

Y devolviéndola a su vaina, mi espada dejó un reguero de tenue luz plateada ante los ojos atónitos de Arnó.

—Se hizo tarde, pequeño amigo, dejad para mañana lo que os quede e id al refugio de vuestro hogar. Creo que es suficiente por el día de hoy. Yo terminaré de cepillar a Zay antes de que él también relinche pidiéndome que le deje descansar.

Y mirando por la enorme ventana de los establos, Arnó apreció la caída de la noche muy lentamente y con aire cansado decidió atender a mi sugerencia y retirarse a casa.

—Que descanse, mi señor, mañana al alba estaré aquí mismo para terminar mi trabajo, se lo prometo —dijo Arnó.

—¡Que Dios os guarde, pequeño! —le grité a Arnó que ya corría como una liebre en dirección al portón de salida, mientras levantaba su brazo izquierdo en señal de adiós.

Tras un lento y suave cepillado sobre el lomo de Zay, con cuidado salí de su recinto, cerré tras de mí la puertezuela de maderos y volví a jugar con el hocico de mi equino compañero. Un relincho claro y transparente me dio las buenas noches y, sigilosamente, fui saliendo de las caballerizas en las que ya no quedaba casi nadie, tan solo el jugueteo de los cascos sobre el heno y el crujir de algún que otro madero viejo.

Mi caminar solitario me llevó involuntariamente hacia una de las tarimas de uno de los muros de la fortaleza, desde donde

se podía ver una hermosa imagen de toda la ciudad cubierta por el manto tenue de la noche en Tierra Santa.

Las luces de los rayos del sol habían desaparecido lentamente sobre el horizonte de Oriente. Las nubes de formas alargadas, casi imperceptibles, cambiaban su color blanco por un rojizo claro y el cielo se tornaba de un azul añil, hasta que se fundió con una oscuridad rota por la débil brillantez lunar. Poco a poco el firmamento se llenó de pequeños focos de leve luz, que brillaban intermitentemente sobre la fortaleza.

De vez en cuando una estrella fugaz nacía en la lejanía y recorría a gran velocidad el cielo, hasta que cansada por su hazaña terminaba ahogándose en la inmensidad de la noche.

Era ya noche cerrada en Acre, los soldados comenzaban a encender pequeñas hogueras que alumbraban el patio de palacio. El silencio era dueño del recinto como si se esperara alguna orden de los mandos superiores para romperlo. Pero afortunadamente esa día no fue así. Se respiraba tranquilidad allí dentro, la misma que reinaba en toda la ciudad, desde la tarima este, donde me encontraba, parecía dormir un sueño placentero, mientras paulatinamente veía como las lumbres de los hogares iban muriendo para dar paso al descanso nocturno.

Allí arriba era consciente de que esos momentos no abundarían en el futuro, era una sensación, un presentimiento que tenía y que me inquietaba. Los ejércitos musulmanes avanzaban hacia nuestra posición y eso era algo que no solo sabía yo, sino todos y cada uno de los caballeros que estaban conmigo en Acre. Únicamente pedía a Dios que nos protegiera en el momento de la confrontación y que se apiadase de nuestras humildes almas.

Un escalofrío me recorrió la espalda muy lentamente e hizo que el pelo de la nuca se me erizase mientras descendía de la tarima donde estaba situado. Quién sabe lo que nos depararía el futuro a cada uno de nosotros y qué nos tendría reservado.

Con paso lento y parsimonioso me dirigí a mi cubil, donde me esperaba un camastro en el que podría arrojarme con la

vieja manta que tejó mi madre, conciliar un poco el sueño, y olvidarme por unos instantes de dónde estaba y recordar a mi familia mientras caía en un letargo profundo. Atravesé arrastrando las botas por la arena suelta del patio de armas observando a los compañeros que estaban de guardia alrededor de la fogata que habían encendido momentos antes, un gesto de saludo con mi mano fue respondido con otro similar de buenas noches de los vigilantes, y desaparecí sigilosamente entre las sombras de las dependencias de los dormitorios de la tropa.

En la oscuridad de la gran habitación donde dormíamos los cruzados tanteé y encontré mi lecho, cerca de una pequeña ventana apuntada escavada en la pared, dejé reposar mi cuerpo sobre la vieja manta de mi madre y me rendí al sueño.

Pero no pudo ser así. Fue una noche inquieta y me desperté muchas veces intranquilo y sudando, la boca se me había secado e intenté remojarla con mi saliva, una y otra vez durante toda la noche. Estaba en un continuo desasosiego.

Por fin relajé mi mente y me evadí de mis pensamientos logrando un sueño profundo y cadencioso. El cuerpo liberó mi atormentada alma y dejó escapar en la vigilia una corriente de paz y tranquilidad.

### **San Juan de Acre, 5 de abril de 1291, año de Nuestro Señor**

Parecía que acababa de lograr el ansiado descanso, cuando mis ojos se despezaron poco a poco movidos por ruidos incipientes cerca de mi cama. La sensación que tenía era de haber conseguido dormir solamente durante unos breves instantes y que el nuevo día me había sorprendido de improviso.

El ajetreo incesante dentro de las dependencias era continuo, carreras y gritos se mezclaron con el ruido de las ar-

maduras cuando eran colocadas sobre el pecho de los hombres. Remolonamente, terminé de abrir muy despacio los ojos como queriendo cerciorarme de que lo que estaba ocurriendo era un sueño y que no era real, pero no fue así.

Los caballeros cruzados se afanaban atropelladamente en fijarse bien las correas de sus armaduras, que eran envueltas por las capas multicolores rematadas por la cruz. De un salto me incorporé sobre el lecho, la situación parecía grave, nadie respiraba tranquilo, las caras desencajadas de los cruzados denotaban la llegada de malas noticias, y me apresuré en enterarme de la causa de tanta locura.

—Vincent, ¿qué sucede? —interrogué a mi vecino de sueños, tocándole por la espalda, mientras este se estaba colocando la capa.

Vincent se dio la vuelta, me miró a los ojos y, agarrándome por los hombros, me respondió:

—El ejercito enemigo, Ricardo. El ejército de Khalil Al-Ashraf ha sido avistado en el horizonte por la guarnición de las torres norte de palacio, no tardarán mucho en llegar hasta Acre.

Y salió corriendo por la puerta de la estancia, mientras se terminaba de ajustar el cinturón que sostenía su espada.

Cruzándose con Vincent en la entrada de los dormitorios apareció la figura del pequeño Arnó que corría en mi busca y, trastabillándose, llegó hasta mí casi sin aliento y con la cara pálida.

—¡¡Mi señor, se han avistado tropas enemigas por el norte y se dice que en gran número según la guardia de las almenas!!

—Lo sé, Arnó, pero ¿qué diantres hacéis aquí?, ¡¡debéis poneros a salvo!! —grité a mi joven escudero mientras colocaba sobre mí una loriga de finas anillas.

—Al alba vine para terminar mi trabajo en los establos, y antes de que saliera el sol por el horizonte escuché las señales de alarma sobre las murallas de la fortaleza —respondió Arnó ayudándome con las perneras, ajustando firmemente las cinchas y cierres.

—Está bien, ahora escuchadme con atención porque esto es lo que quiero que hagáis. Volved a casa y ayudad a vuestra madre a recoger los enseres que os sean imprescindibles y abandonad Acre. Dirigíos hacia el puerto, una vez allí buscad un gran navío de nombre El Halcón, el capitán es Roger de Flor, un sargento templario amigo mío, decidle que vais de mi parte y que os embarque en su nave, él seguro que estará aún allí evacuando a gente, pero no os demoréis en demasía. Tomad mi vieja espada, quedaos con ella y usadla si hiciera falta para defender a vuestra gente. Además, os servirá para que Roger sepa certeramente que vais de mi parte, conoce mi viejo estoque. Rápido, marchaos —y con un fuerte abrazo a mi servicial escudero le señalé la dirección de la salida para que iniciara la huida de San Juan de Acre.

—Adiós, mi señor, que el buen Dios guíe sus pasos y le guarde por siempre —y una lágrima resbaló por su enjuta mejilla derecha, lavando la joven cara de mi buen Arnó, que salió raudo de la estancia dejándome en mi maltrecho corazón un vacío que nunca podría llenar.

—Hasta siempre, Arnó, que todos los ángeles celestiales guarden de ti y los tuyos —lancé al aire las últimas palabras que dirigía a mi pequeño escudero, como creyéndole ver aún ante mí.

Mientras los nervios me invadían de pies a cabeza, y el sudor frío empezaba a recorrer mi frente, recogí de debajo de la cama el cinturón de cuero que agarraba firmemente mi nueva espada. Coloqué sobre los hombros mi azulada capa maltratada también por el tiempo y salí a la carrera de las dependencias mientras me santiguaba y besaba la cruz plateada de mi sayón.

La actividad en el patio de armas era frenética, los mandos superiores daban órdenes incesantemente, cuando aún no había terminado de despertar el día y las primeras luces de la mañana se desperezaban bañando frágilmente los bordes superiores de las almenas de las torres de defensa.

Corrí hacia mi posición asignada en el muro norte, sobre la tarima, cerca de la catapulta derecha, y desde allí pude observar la causa de todo aquel pánico matinal. En el horizonte pude ver una nube de polvo de tamaño considerable que avanzaba inexorablemente hacia nuestra posición. Era el ejército musulmán que, gracias a la masa polvorienta que iba dejando a su paso, pude sopesar su número de efectivos, el cual resultó ser de un volumen gigantesco.

En el patio ya se habían dispuesto barriles de brea que si se diera el caso servirían de proyectiles encendidos en llamaradas contra las tropas sarracenas, y poco a poco se iban subiendo hacia las posiciones de las dos catapultas del norte donde estaba yo.

Parecía claro que el asedio vendría por el norte y este de la ciudad, ya que el mar protegía nuestra posición por el flanco oeste, y el sur estaba bien cubierto por parte de nuestro ejército cruzado, ayudado por la flota de combate que ya debería haber zarpado del puerto con dirección a la parte sur de la ciudad.

Mis sospechas no se hicieron esperar mucho tiempo, mientras el sol palestino terminaba de salir y la luna dejaba de brillar temerosa sobre nosotros, la tensión se fue adueñando de la plaza como si de una plaga se tratara. El ejército enemigo había llegado hasta donde pretendía. Delante de mí, aprecié la amonización en la marcha de las tropas de Khail Al-Ashraf, y situándose fuera del alcance de nuestras catapultas, poco a poco fueron estableciéndose pausadamente, dispuestos a empezar el sitio de nuestra plaza.

Al instante, el bullicio que reinaba en palacio se vio triplicado a mis espaldas, y al girarme para ver lo que ocurría, observé cómo, por la puerta principal por la que yo había entrado en el mediodía pasado, se dejaba paso a ocho caballeros templarios que en fila de a dos empezaron a detener sus monturas en el centro del patio de armas.

Al frente de ellos su blasón, el Beauséant partido en dos colores, el blanco y el negro, dejaba bien a las claras que la visita no era de cortesía, el más alto dignatario del Temple,

su Gran Maestre, Guillaume de Beaujeu, había llegado para discutir la forma más adecuada de afrontar el problema sarraceno. En cuestión de un leve instante, un pequeño grupo de capas blancas impolutas resplandecían en el patio de armas, mostrando las cruces octogonales de ocho puntas rojas como la sangre, y alineándose en pequeñas pero perfectas filas de monturas templarias.

Poco después de la llegada de la comitiva de la Orden del Temple, de las dependencias de palacio salió ataviado con su armadura de combate el rey Enrique II, el cual recibió al Gran Maestre con los debidos honores.

Mientras todo esto estaba ocurriendo en el interior de la fortaleza, en su exterior los ejércitos enemigos se habían dado prisa en terminar de asentarse en las proximidades de Acre.

Con las luces de los rayos del sol de la mañana ya despierta, los árabes habían dispuesto su sitio con gran celeridad; una batería de un sinfín de máquinas de guerra estaban situándose poco a poco en primera línea de batalla. Detrás de ellas, las tiendas coloreadas de los soldados se comenzaban a disponer en tal número que daba la sensación de que era todo un asentamiento permanente, formando retorcidos conglomerados de telares de colores rojizos y terrosos que se confundían con el fondo del paisaje. Y por fin, en la retaguardia del campamento, se divisaban dos tiendas más grandes y de colores más llamativos, delante de las cuales estandartes con la media luna y signos en escritura arabesca dejaban bien a las claras dónde descansaban Khalil y su primer oficial.

El asentamiento era grandioso y el pánico se apoderó de mí ante tal visión. Nos superaban en número de una forma exagerada, allí delante podía haber unos 150.000 o 200.000 hombres armados, dispuestos para el asalto y nosotros tan solo éramos unos 50.000, contando a los caballeros de la Orden de los Hospitalarios que estaban siendo los encargados, además de organizar la salida portuaria de los habitantes de Acre.

La campana del pequeño convento me despertó de la pesadilla mahometana, y anunció la inminente presencia en el patio de

armas de los mandos superiores que, seguidos de cerca por el único fraile dominico que quedaba entre nosotros, se dirigieron hacia el centro del espacio copado por el gentío militar.

Por un momento el silencio reinó en el patio. Los mandos se miraban unos a otros, hasta que el Gran Maestro del Temple tomó la palabra y con voz profunda y marcial se dirigió a los cruzados que allí estábamos.

—Hermanos, hoy puede ser el inicio de un largo asedio a esta santa plaza, no os desaniméis en el infortunio de los días venideros, ya que nuestro Señor Jesucristo siempre estará entre nosotros. No temáis a la muerte, resistid el combate y cargad valientes contra los enemigos de la cruz de Cristo. El soldado que reviste su cuerpo con la armadura de acero y su espíritu con la coraza de la fe es el verdadero valiente y puede luchar seguro en todo trance, defendiéndose con esta doble armadura. No puede temer ni a los hombres ni a los demonios, ya que no se espanta ante la muerte.

¡¡Luchad generosamente y sin la menor zozobra por Cristo nuestro Señor!!<sup>1</sup>

Tras estas palabras de aliento, volvimos a la cruda realidad, ya que al momento otra señal del exterior nos dispuso prestos en nuestras posiciones. Los timbales mamelucos empezaban a rugir con fuerza, su sonido grave invitó a sus tropas a mostrar ante nuestros ojos su enorme potencial bélico; cientos de estandartes se elevaron hacia el cielo azul, ondeando ferozmente ayudados por el aire seco de la mañana.

Los gallardetes distintivos de las compañías de las maquinarias de guerra se adelantaron sobre los demás, colocándose justo delante de las catapultas sarracenas, mientras el ritmo de los timbales árabes señalaba el inicio de un asedio que mi corazón me revelaba largo y sangriento.

---

<sup>1</sup> Fragmento del Libro sobre las *Glorias de la Nueva Milicia a los Caballeros Templarios* de San Bernardo de Claraval.



### CAPÍTULO III: UN PLAN NOCTURNO

**San Juan de Acre, 15 de abril de 1291, año de Nuestro Señor**

Los días habían pasado lentamente sobre los muros de San Juan de Acre, el cansancio de las tropas cada vez era mayor, durante varias jornadas se habían venido sucediendo un sinfín de escaramuzas a orillas de las inmediaciones de la plaza. El poco movimiento de las catapultas enemigas hacía que todavía los muros de la fortaleza resistieran estoicamente el asedio mameluco. Sus máquinas habían rugido pero con poca asiduidad y esto me hacía pensar en la causa de tan poca brutalidad.

Tal vez preferían retenernos aquí dentro durante días para mermar nuestra resistencia física, y así lanzar luego el definitivo ataque a las murallas. La verdad era que la situación empezaba a ser alarmante. Delante de mí seguía instalado el laberinto de tiendas sarracenas, impidiendo cualquier resquicio de evacuación o movimiento cristiano. En el este, aunque a simple vista no se apreciaba, mi corazón y sensatez me dictaban que era bastante probable que los mandos árabes hubieran dispuesto algún tipo de vigilancia en esa zona. Entre las rocas de la pequeña cordillera que se dibujaba hacia el norte, cerca de su ejército, y tan solo el puerto era la única salida que nos quedaba, una salida que estaba siendo utilizada para seguir evacuando a la cristiandad, rumbo a las azules aguas del mar.

Pocos auxilios recibíamos por mar, parecía que la causa cristiana ya no era creíble y rentable aquí en Tierra Santa, pero

aun así, había días en los que pocos hombres y mal equipados llegaban a puerto con poca comida, que era recibida por nosotros como si de enormes manjares se trataran.

La situación era realmente mala y empeoraba con el paso de las jornadas.

El día había transcurrido tranquilo y caluroso, hacía mucho tiempo que había comenzado el asedio y no habíamos tenido la paz que se respiraba entre los muros. Pero era una paz engañosa, como el silencio que precede a una tragedia. La mañana había paseado su estela moribunda por los bordes de la muralla y junto al desánimo cristiano, conseguía empañar una radiante matinal que empezaba a tocar a su fin.

Tampoco esa jornada comimos, el racionamiento de los víveres era cada día más acuciante, tan solo los heridos podían tomar un leve bocado, ellos eran realmente los que necesitaban recuperar fuerzas.

La tarde murió sobre Acre, las nubes hechas jirones se movían lentamente hacia el sur en un desfile silencioso como huyendo del horror de la guerra, y un grito de llamada resquebrajó la quietud de soledad en mi puesto de mando.

—¡Ricardo, Ricardo!! Traigo órdenes para vos.

Mi mirada se clavó en el fondo del patio de armas, donde estaba Vincent requiriendo mi presencia para trasmitirme las pertinentes órdenes que decía que traía.

—¡Esperad, ahora mismo bajo!! —grité desde lo alto de la muralla norte.

Con hastío comencé a descender de la tarima de roble donde estaba situada la catapulta bajo mis órdenes, preguntándome qué clase de menesteres eran los que estaban destinados a mi persona. Crujiendo agudos los maderos de la estrecha escalera por la que me encaminaba, me llevaron hasta la mitad del muro donde allí seguí bajando al patio, pero esta vez sobre enormes escalones de recia roca.

Por fin llegué hasta abajo donde me esperaba Vincent impaciente.

—Tenéis que presentaros ante los mandos en la sala de armas y de inmediato —me informó Vincent con aire preocupado y jugueteando nerviosamente con la empuñadura de su envainada espada.

—Pero ¿no sabéis para qué se me requiere? —pregunté intrigado.

—No, no se me comunicó, tan solo me requirieron para que os comunicase la orden que os acabo de transmitir, no debéis demoraros.

Resignado a tanto misterio, me encaminé hacia las dependencias reales, que se disponían justo debajo de los dormitorios comunes de la tropa, donde descansábamos en nuestros momentos de paz, instantes que hacía días no disfrutábamos.

El umbral de la doble puerta dejó adentrarme en el salón de armas, donde la oscuridad era mayor que la luz débil de un sinfín de cirios encendidos que, salpicados por toda la estancia, se disponían en las cuatro paredes sobre fornidos candelabros de hierro de siete brazos. Delante de mí, una hilera de ventanucos eran los que abrían la sala al mundo exterior a través de la gruesa piedra palaciega.

En el techo de la monumental sala, pendones de vivos colores colgaban y se balanceaban por la ligera brisa que se adentraba por las ventanas y a través del dintel de la gran puerta que todavía permanecía abierta a mis espaldas. Justo debajo de ellos, en el centro de la estancia, se disponía una recia mesa rectangular de dura madera de nogal con patas anchas que acababan en feroces cabezas de leones. Alrededor de ella se disponía un grupo de gente que a la brillantez tímida de cinco candelabros de plata parecían discutir de pie sobre un viejo y amarillento mapa.

Se estaban dedicando a distribuir nuestras fuerzas dentro de los muros de la ciudad.

En el norte de la ciudad se instalaría la defensa de los Caballeros del Temple cerca del barrio de Montmusart, ocupándose de la puerta de Maupas. Después de ellos los Caballeros Hospitalarios protegerían la torre de San Antonio.

En la parte central de las murallas se situarían los soldados del rey Enrique II de Chipre, que serían apoyados desde la Torre Maldita por los Caballeros Teutónicos. Y, por último, en la muralla entre la zona central y la Torre del Legado, se pertrecharían los cruzados franceses e ingleses, y más allá los venecianos y pisanos.

Con respetuoso decoro, intenté hacer entender que estaba allí, y colocando bien mi capa cruzada sobre mis hombros, carraspee levemente.

—¡¡Ah, Ricardo, ya estáis aquí!! Pero pasad, pasad, acercaos hasta aquí, os esperábamos —me recibió el senescal real con su educación bretona, acercándose hasta mí haciendo aspavientos con sus brazos recubiertos por una polvorienta cota de malla que se dejaba adivinar entre los pliegues de su hermosa capa granate anudada a su cuello.

Con timidez casi infantil llegué hasta la mesa en el centro de la sala. A mi alrededor distinguí la figura esbelta y delgada de René le Mof, capitán de la guarnición de arqueros, con su sayón verde hasta las rodillas, cubierto por un peto de cuero curtido y remachado en sus bordes por pequeños círculos dorados, y que con un leve movimiento de cejas saludó mi llegada. A su izquierda, y con la mirada fija en el mapa que sujeto estaba por un candelabro y una daga en sus extremos sobre la mesa, surgía la figura blanca de una capa templaria con su cruz roja como la sangre perteneciente al mariscal Pierre de Sevry de la Orden del Temple, que se afanaba en escudriñar el mapa mientras se frotaba las manos compulsivamente. Su cara, libre del capacete de malla que descansaba sobre sus hombros, irradiaba nerviosismo gracias al reflejo corto de las llamas de las velas.

Con aire de gallardía y con mirada penetrante, a mi derecha, me observaba con un halo de caballerosidad y aguerrida imagen, Guillaume de Beaujeu, Gran Maestro del Temple, que sobre su loriga de talle hasta las rodillas, mostraba altivo su sayón blanco rematado con la roja cruz de los templarios. Él también tenía la cabeza descubierta, y con mueca torcida de su boca que

asomaba entre su frondosa barba castaña, parecía dejar ver un resquicio de incertidumbre sobre mi persona.

A su derecha, aparecía la figura del rey Enrique II de Chipre que, al igual que el Gran Maestre del Temple, me interrogaba con su inquietante mirada guarnecida por unas frondosas cejas envejecidas. También él portaba vestimenta de guerra, una maltrecha loriga como la de su senescal cubría su cuerpo y ésta se ocultaba por una larga túnica roja abierta por delante hasta la cintura donde se recogía con un ancho cinturón de cuero. Sobre el pecho del monarca se veía un bordado en hilo dorado que representaba a dos leones rampantes enfrentados.

A su lado el Gran Maestre de los Caballeros Teutónicos, frey Conrado Feuchtwangen, con su túnica blanca y cruz en el pecho negra, hablaba en voz baja con el Gran Maestre de los Hospitalarios, frey Jean de Villiers, con sayón negro y cruz blanca, que estaba junto a su mariscal frey Mateo de Clermont.

Por último, en el extremo opuesto de la mesa, en el que yo estaba, pude reconocer a Jean de Grailly jefe en Acre de las fuerzas francesas, que me miraba inquisitivo envuelto en un sayón amarillo sobre el que se dibujaba una enorme cruz negra que contenía cinco conchas blancas, y a su lado aprecié la enorme figura corpulenta del jefe de las tropas que el rey Eduardo I de Inglaterra había mandado a Tierra Santa, Otton de Grandson.

Por el gran número de mandos, supuse que aquella reunión era realmente importante y, por un momento, me sentí algo abrumado.

—Bien, caballeros, ya estamos todos, creo que podríamos comenzar con nuestra pequeña reunión —dijo el rey Enrique con voz firme.

—Como ordenéis, mi señor —respondió su senescal apartando hacia atrás su capa.

—Como ya os hemos comentado en días pasados, majestad, humildemente creemos que la única oportunidad que realmente tenemos de salir victoriosos es la que vos ya conoce. Que sea o

no una misión arriesgada no tiene cabida en estos desdichados momentos, es una cuestión de golpear primero, y golpear certeramente, sin fallos —expuso con rapidez el Gran Maestre del Temple, mirando fijamente a los ojos del monarca.

—Tal vez tengáis razón, frey Guillaume, pero tampoco quisiera arriesgar nuestras fuerzas en un envite en el que no crea ciegamente, ¿lo comprendéis? —respondió regiamente su majestad Enrique.

—Lo comprendo, mi señor, pero debéis comprender que no son momentos de creencias ciegas o no, debemos arriesgar firmemente y no esperar a que la suerte nos cuide dentro de los muros de Acre —volvió a insistir el maestre templario clavando sus puños con fuerza en la mesa de nogal, mientras yo me preguntaba qué misión sería esa y cuál era mi cometido en esa reunión.

—Creo que deberíamos escuchar la opinión del experto, mi señor —interrumpió educadamente el senescal real.

—De acuerdo, que así sea —dispuso el monarca que se quedó mirándome fríamente.

—El experto, ¿qué experto? Yo no veía a nadie en la estancia que pudiera responder a ese apelativo y, como si de dardos envenenados se tratara, sentí sobre mí las miradas de todos los que allí estaban, esperando una respuesta del experto. Pero qué respuesta querían, yo tan solo era un cruzado y, además, no sabía nada de lo que allí se estaba hablando. Mi mirada solicitaba ayuda de alguien para salir de esa incómoda situación.

—Sire, con todos los respetos para con vos y los caballeros que aquí están, yo no soy experto en nada, o eso es lo que yo creo, solo lucho por vos y la cruz de nuestro Señor y, además, no sé qué misión se está tratando en esta habitación —respondí sensatamente y con la mayor sumisión posible.

—No os preocupéis, Ricardo, yo mismo os lo explicaré todo. Frey Guillaume aquí presente, días atrás, me visitó con la intención de proponerme un arriesgado plan para mermar las huestes del enemigo que claramente nos supera en fuerzas.

Esta empresa no es otra que la incursión en la línea enemiga para anular su maquinaria de guerra, sus potentes catapultas. Conscientes de que somos inferiores en número, creemos que la aniquilación de dicha maquinaria podría darnos una oportunidad de salvar la plaza, pues desde lo alto de nuestras murallas seríamos menos vulnerables a un ejército enemigo sin tal fuerza de ataque pero, para ello, necesitamos saber la opinión de alguien que realmente sepa la capacidad destructiva de estas catapultas, pues si su fuerza no fuera determinante, esta misión quedaría anulada desde hoy mismo.

—Empiezo a comprender mi presencia aquí Sire. Llevo muchos años en el puesto de mando de nuestras catapultas en Acre y en anteriores asedios perpetrados por nuestras fuerzas y, sinceramente, mi señor, nunca vi armamento tan extraordinario como el que se divisa desde la muralla norte donde me encuentro. Creo firmemente que, según su tamaño y distancia a la que están establecidas, dichas máquinas podrían arrojar sobre nuestras cabezas, proyectiles tres veces más grandes de los que podamos haber visto en todos estos años de cruzadas. Son catapultas muy pesadas por su tamaño, por lo que su movilidad es nula, con lo que supongo que desde la posición en la que se encuentran podrían hacer blanco con espléndida facilidad —expuse mi opinión con claridad y sencillez, dejando al resto la difícil decisión de la incursión en las líneas enemigas para intentar destruir los objetos de nuestra inquietud.

—Habéis hablado sabiamente, joven cruzado —comentó el Maestre del Temple, asintiendo con su rapada cabeza—. También Nos creemos en la fuerza destructora de las catapultas infieles y es por eso por lo que debemos seguir adelante con nuestra empresa.

—De acuerdo, he quedado satisfecho con vuestras explicaciones Ricardo, por lo que es menester en este momento dejar marcadas las líneas de la incursión —convencido el monarca, comenzó a mirar el mapa que reposaba sobre la mesa de reunión.